

La catequesis de ayer a hoy

—Lectura teológica de algunos documentos de la catequesis —

Adhemar Arroyo, O.P. - Mario Cardona B. - Inés Yepes de Uprimy*

La etimología de catequesis es, evidentemente, la palabra griega KATECHES-EOS: instrucción dada en voz alta. Pero es muy interesante ver, también, la etimología del término griego: *Katá*, que significa de arriba a abajo y que como reflejo refuerza el sentido primario del verbo; y ECHEIN, que significa dar sonido, hacerse oír, hacer resonar.

Tiene pues la palabra un trasfondo de “sonido”. Otras palabras de la misma familia son: KATECHEO cuyo significado es resonar, hacer sonar en los oídos de alguien y en pasivo, estar informado; KATECHES-ES, que se traduce por sono-

ro; y ECHOS-OU que quiere decir sonido, ruido y fama (1).

Podríamos, quizás, concluir que el sentido primario del término implica que la catequesis es una enseñanza oral, hablada y nunca escrita. Y así debió ser en sus comienzos, pero luego se utilizó la forma escrita.

La catequesis cristiana tiene importancia capital. Es una enseñanza muy especial en cuanto proclamación de la Palabra de Dios, y habría que aclarar de esta proclamación que no se trata de una elaboración abstracta de “verdades” que se deben memorizar, sino que

*Alumnos del ciclo de maestría, Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

(1) DICTIONNAIRE GREC-FRANCAIS. Librairie Classique Eugène Belin. Paris, 1944.

consiste principalmente en la transmisión de la experiencia de Dios vivida por la comunidad y motivada por el catequista.

En este sentido, la Biblia toda es una catequesis, puesto que es la expresión de una experiencia de Dios en la historia, del actuar concreto de Dios que Israel percibió con nitidez.

Jean Daniélou define la catequesis como “una exposición a la vez completa y elemental del misterio cristiano” (2). Es completa, porque incluye todo el contenido de la fe, y es elemental, porque va a lo esencial, sin profundizar demasiado. Su característica principal es iniciar a la existencia cristiana.

Podríamos añadir que la catequesis es el anuncio sistemático del mensaje cristiano, que no debe confundirse con la pastoral. Este es el conjunto de la actividad eclesial de la cual la catequesis es uno de sus componentes.

El catequista es el anunciador del “evangelio”. Y si entendemos por evangelio “la fuerza para la salvación de los que creen” (Ro 1, 16), es decir, la fuerza transformante para la identificación del hombre con Cristo, se comprende la importancia y la responsabilidad de la persona del catequista. Es el testigo de lo que acontece en él y no puede

enseñar sino lo que él vive. Por eso tiene que ser la transparencia de Dios, ya que catequizar es ayudar a Dios a construir personas y enseñar a las personas a hacer espacio a Dios para que él acontezca en ellas.

En la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, Juan Pablo II menciona las tres características de toda catequesis auténtica. En primer lugar, debe ser cristocéntrica, porque “en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret” a quien debemos seguir porque él es “el Camino, la Verdad y la Vida” (CT 5-6). Ser cristiano es seguir a Cristo por amor, hasta identificarnos con él y, por ello, toda la experiencia cristiana se construye sobre la respuesta a su llamada. El objeto esencial y primordial de la catequesis es el “misterio de Cristo”, en quien se descubre el designio eterno de Dios que se realiza en él (CT 5), por lo cual “el fin definitivo de toda catequesis es poner a uno no solo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo” (*id.*). Este cristocentrismo, además, significa, transmitir “la Verdad que él es”: en la catequesis “lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios” (CT 6).

En segundo lugar, la catequesis es Palabra de Cristo, él es el único que enseña y los demás están “permi-

(2) DANIELOU, J.: *La catequesis en los primeros siglos*. Curso redactado por Regine du Charlat. Studium. Madrid, 1975. p. 9.

tiendo que Cristo enseñe por su boca” (CT 6).

Y en tercer lugar, la catequesis es testimonio de vida. En Cristo, “la coherencia y la fuerza persuasiva única de su enseñanza no se explican sino porque sus palabras, sus parábolas y razonamientos no pueden separarse nunca de su vida y de su mismo ser. La vida entera de Cristo fue una continua enseñanza: su silencio, sus milagros, sus gestos, su oración, su amor al hombre, su predilección por los pobres, la aceptación del sacrificio total en la cruz” (CT 9).

Con las anteriores precisiones podemos abordar la lectura teológica de algunos de los más importantes documentos de la historia de la catequesis.

1. LA CATEQUESIS APOSTOLICA

Los apóstoles compartieron el ministerio del apostolado y “transmitieron a sus sucesores la misión de enseñar” (CT 11). Esta primera catequesis está presente en los evangelios, cuya estructura y finalidad son claramente catequéticas.

El contenido central de la catequesis apostólica era el kerigma, que debía ser adaptado al medio en el cual se predicaba: a los judíos se les mostraba a Jesús como el Mesías

prometido y a los paganos, en cambio, se debía empezar por predicarles al Dios único y verdadero.

El núcleo del kerigma era el misterio de Cristo muerto y resucitado, mensaje que se entregaba a los catecúmenos bajo tres aspectos: el dogmático, sintetizado en la fórmula trinitaria; el moral, como testimonio de vida; el litúrgico, al celebrar comunitariamente el misterio, especialmente en el bautismo y la eucaristía.

El objetivo de la catequesis apostólica —y de toda catequesis— era formar la comunidad alrededor de la palabra de Dios y la eucaristía. Su metodología era sencilla y personal, e incluía la predicación, la celebración y el testimonio de vida.

2. LA CATEQUESIS PATRISTICA

Este período abarca desde fines del siglo I hasta el siglo V y dos circunstancias históricas van a marcarlo: las persecuciones a las cuales pone fin el Edicto de Milán en el año 313; las invasiones de los bárbaros en Europa, que obligan a una catequesis muy elemental a causa del distinto nivel cultural de los pueblos invasores (3).

En líneas generales, se puede decir que la catequesis patristica, fiel al kerygma apostólico, es esencialmente cristocéntrica, mostrando

(3) MICOLTA, J.V.: Proceso de la catequesis en la historia de América Latina. Ponencia presentada en la V Semana Latinoamericana de Catequesis, 1982. p. 93.

en la historia de la salvación el plan divino a través de las *mirabilia Dei*, intervenciones divinas que muestran el rostro misericordioso de Dios y que culminan en Jesús.

Aunque permaneciendo fieles al kerygma apostólico, los Padres debieron adaptar su catequesis a las circunstancias históricas, traduciendo el mensaje evangélico a los patrones culturales del mundo greco-romano.

La catequesis de los Padre proponía un contenido dogmático, consistente en la explicación del Credo, que los Padres llaman "Símbolo", y del Padre Nuestro u "Oración del Señor". En cuanto a la liturgia, los Padres explican el sentido de los ritos, en íntima relación con la historia de la salvación y como reactualización del hecho salvador Cristo. El testimonio de vida es el término del proceso o respuesta del cristianismo a la proclamación del evangelio.

Esta catequesis patristica no debe confundirse con el kerygma o con la homilía. Son tres momentos del anuncio de la Palabra: primero se escucha el kerygma, y el que es tocado por el Espíritu y decide cambiar su vida, tiene que conocer a Cristo por medio de la catequesis. Más tarde, ya miembro de la Iglesia, podrá ahondar en el conocimiento de Cristo y de su Palabra gracias a la homilía.

De esta época presentaremos, primero, los documentos más antiguos, como la *Didaché*, la *Carta de Bernabé* y el *Pedagogo* de Clemente de Alejandría, para enseguida estudiar las catequesis de Cirilo de Jerusalén, Teodoro de Mopsuestia y Juan Crisostómo; finalmente nos detendremos en el *De catechizandis rudibus* de San Agustín.

2.1 Los más antiguos documentos de la catequesis

La *Didaché* o "doctrina de los apóstoles" (con minúscula porque se refiere a los misioneros) es una obra esencialmente catequética y comprende tres partes:

- a) Una catequesis moral, donde retoma el tema de "las dos vías",
- b) un ritual sacramental, y
- c) la conducta a observar con los "profetas" y la perspectiva escatológica (4).

Este texto, el más antiguo testimonio que tenemos de la vida de la comunidad cristiana entre los años 60 a 98, nos muestra cómo la catequesis cristiana entronca con la tradición judaica. En efecto, la catequesis de los dos caminos, empleada también en la Carta de Bernabé, las Homilías Clementinas, el Pastor de Hermas, entre otras, es de antiquísimo origen judío y debió ser transplantada a la catequesis cristiana. Es el tema de

(4) DANIELOU, J: *op. cit.*, p. 75.

la vida que conduce a Dios y de la muerte que aleja de él: “existen dos caminos, uno es el de la vida, otro es el de la muerte” (5).

Quizás las antítesis joaneas —luz/tinieblas— o las paulinas —carne/espíritu, muerte/vida— tengan el mismo origen. En la catequesis de los dos caminos se trata de abandonar el mal —Satanás, las tinieblas, la muerte— para adherirse a Cristo, que lleva a la luz y a la vida de Dios.

La *Carta de Bernabé* es otro importante testimonio de la catequesis patrística. En un principio se pensó que esta carta habría sido escrita por Bernabé, compañero de Pablo, pero la crítica textual mostró la imposibilidad, especialmente porque la posición teológica de este escrito no coincide con la de Pablo. Su semejanza con la *Didaché* hizo pensar que fueran de la misma época, pero se ha pensado, más bien, que provienen de la misma fuente y que habría sido escrita hacia el año 130.

Consta de dos partes: la primera es una catequesis sacramental, con una crítica a las observancias judías y la segunda parte es una catequesis moral basada sobre el mismo esquema de la catequesis de los dos

caminos empleado por la *Didaché*. Es interesante ver en este escrito el uso que se hace del Antiguo Testamento, lo cual, junto con la referencia a las prácticas judías, indicaría que estaba dirigida la carta a cristianos de origen judío.

Solo mencionaremos a Ireneo de Lyon, a quien muchos consideran como el primero que ofrece “una presentación sistemática de una enseñanza catequética en su *Demonstración de la enseñanza apostólica*” (7), mientras otros consideran que esta obra, que estuvo mucho tiempo perdida y de la cual se conocía únicamente el título hasta el descubrimiento de la traducción armenia en 1904, es más bien un escrito apologético.

Lo mismo se puede decir de Tertuliano (ca. 160-220) y de Orígenes (ca. 185-253). Aunque Daniélou (8) afirme que Tertuliano en su *Tratado sobre el bautismo* presenta una catequesis sacramental que es como “el prototipo de las catequesis mistagógicas futuras” (9), hay que recordar que el objetivo del fogoso jurista Tertuliano es más bien defender —y por consiguiente, no exponer objetivamente— el bautismo contra sus atacantes, los cainitas, que afirmaban que solo la fe salva y

(5) *Didaché* 1.

(6) DANIELOU, J.: *op. cit.*, p. 81.

(7) *Ibidem*.

(8) DANIELOU, J.: *op. cit.*, p. 22.

(9) *Ibidem*.

que siendo la materia mala, el agua debía ser rechazada. Por lo tanto, este tratado no entraría dentro del género catequético.

También hay que mencionar a Orígenes, de quien escribe Daniélou que, a pesar de sus errores, "es el primer catequista que conocemos con precisión" (10), aunque sus escritos evidencian la intención apologética. Como no había catequistas en Antioquia, Orígenes dedicó su vida al estudio de la Escritura y a la formación de catecúmenos, con el riesgo que implicaba una época de persecuciones. Encontramos datos sobre su catequesis regados en su obra, pero especialmente en su *Tratado contra Celso*, refutación sistemática del filósofo pagano; Orígenes indica por qué razones y para quiénes emprende la refutación: "entre los que se consideran creyentes, puede haber algunos que vacilan en su fe y estén en peligro de perderla debido a los escritos de Celso y, por otro lado, consideramos que se puede impedir su caída refutando las aserciones de Celso y exponiendo la verdad, nos ha parecido justo dar una respuesta" (11), y añade que "este libro no ha sido compuesto para los que son creyentes convertidos sino para aquellos que, o bien no han empe-

zado a gustar la fe en Cristo o son, como los llama el Apóstol, flacos en la fe" (12).

El método que sigue Orígenes es sencillísimo: sigue punto por punto los argumentos de Celso para refutarlos. Así cuando Celso ensalza la filosofía griega, Orígenes responde que el evangelio tiene un género de demostración superior, divino, que consiste en la "manifestación del Espíritu y del poder" (13).

En el *De principiis*, su obra más importante por ser la primera sistematización teológica, también se encuentran aspectos catequéticos, cuando Orígenes se propone estudiar las doctrinas fundamentales de la fe cristiana.

Otro documento de la época es el *Pedagogo*. A su autor, Clemente de Alejandría, se le debe la alianza del evangelio con la cultura griega en un momento crucial para el cristianismo que se enfrentaba al problema de integrar la civilización helénica y juzgar las costumbres de la época con el evangelio.

Tito Flavio Clemente nació hacia el año 150, de padres paganos, probablemente en Atenas, donde también recibió su primera enseñanza.

(10) DANIELOU, J. *op. cit.*, p. 23.

(11) ORIGENES: *Contra Celso*. Prefacio 4.

(12) ORIGENES: *Contra Celso* 6.

(13) *Ibidem*.

Después de hacerse cristiano viajó a Alejandría como director de catecúmenos.

Su formación helenística lo capacitaba para hacer de la fe cristiana un sistema de pensamiento con bases científicas, cambiando las categorías filosóficas de su tiempo con los "dogmas" cristianos.

Sus escritos forman una trilogía que permite formarnos una idea de su pensamiento teológico. Son ellos el *Protréptico*, el *Pedagogo* (14) y los *Stromata*.

El *Pedagogo* es un tratado de moral cristiana, interpretada con categorías de la época, que se dirige a los que habrían seguido la invitación de Clemente a convertirse al cristianismo en su primer escrito.

El tratado comprende tres libros: el primero trata de la obra educadora del logos, que es el preceptor, enseñando a los conversos a ordenar su vida. El principio básico de la educación del logos es el amor, diferente al de la ley antigua que era el temor. A partir del segundo libro, el tratado se ocupa de los problemas de la vida cotidiana: la comida, la bebida, la música, la danza, la vida matrimonial. Clemente ofrece un código de comportamiento

cristiano para el ambiente de la Alejandría de entonces, con su lujo y sus vicios, previniendo contra esa forma de vida pero en ningún caso exigiendo a los cristianos que se abstuvieran del "mundo".

En el *Pedagogo* se perciben tres dimensiones de la moral:

a) Moral práctica, siguiendo los pasos de la vida diaria; trata del alimento, el vestido, la urbanidad y todos los aspectos de la vida cristiana influida por el evangelio;

b) Moral racional, apoyándose en los estoicos; dibuja el retrato del tipo ideal del alejandrino como un hombre caracterizado por la armonía, el equilibrio, la moderación;

c) Moral evangélica, en la que el comportamiento recto es más que una moral racional; es reconocimiento de Dios, imitación del *Pedagogo*, amor de reciprocidad, viendo el amor con que Dios nos ama.

Plantea, por ejemplo, una moral sexual basada en la voluntad de Dios que dijo "multiplicaos" y a quien hay que "obedecerle por el hecho de que somos, como hombres, imagen de Dios y colaboradores en el nacimiento del hombre" (15). Y recomienda un ideal de vida sencilla basada en la sencillez

(14) CLEMENTE DE ALEJANDRIA: *Le Pédagogue*. Sources Chrétiennes 70 y 108. Cerf. Paris, 1966.

(15) *Ibid.* 2.83.2.

de Jesús, renunciando “al mal gusto, a objetos inútiles de oro y plata para seguir a Dios” (17).

En cuanto al contenido teológico, valiéndose de la filosofía griega, Clemente muestra a Jesucristo como el “pedagogo”, el logos orientador de las acciones humanas. Esta concepción la toma de su propio mundo, donde el pedagogo era un esclavo a quien se encargaba la custodia del niño y a quien se le confería lo esencial de su formación (17). Ello le permite reconocer como nuestro pedagogo a Jesucristo, el logos, que conduce hasta la eterna humanidad (18).

El comportamiento moral está marcado por el pedagogo y de él depende (19). Por eso puede decir que “un logos dirige también todas nuestras acciones, es el logos consejero; un logos cura nuestras pasiones, es el logos purificador; único en todas sus funciones, es el mismo logos el que arranca al hombre de sus hábitos naturales y el que conduce como un pedagogo a la sal-

vación sin igual y a la fe en Dios” (20).

La Iglesia, para Clemente, es aquel lugar en el que se realiza la relación interpersonal con Dios, es decir, es el ámbito comunitario en el cual se puede experimentar a Dios. Pero es el pedagogo quien debe conducir al hombre y solo él lo puede hacer porque es parte de su oficio pedagógico (21).

Además de ser un tratado de moral práctica, el *Pedagogo* propone un contenido salvífico como restauración en el hombre de su semejanza con Dios, restauración que es posible por la Encarnación y la inhabitación del Verbo en cada cristiano.

La gran característica de la obra de Clemente de Alejandría es haber logrado la alianza del evangelio con la cultura griega, si bien yuxtapone los datos de la cultura griega y los de la Biblia sin llegar a transformar aquellos a la luz del evangelio (22).

(16) Ibid. 2.38.1.

(17) DANIELOU, J.: *op. cit.* pp. 135-146.

(18) CLEMENTE DE ALEJANDRIA: *Le Pédagogue* 1.55. ed. cit.

(19) DANIELOU, J.: *op. cit.*, p. 136

(20) CLEMENTE DE ALEJANDRIA: *Le Pédagogue* 1.1.2. ed. cit.

(21) Ibid. 1.9.83; 2.84.3.

(22) DANIELOU, J.: *op. cit.*, p. 132.

2.2 Las catequesis de los siglos IV y V.

El siglo IV se caracteriza por el número creciente de bautismos de adultos (23) porque se había ido perdiendo la costumbre de bautizar a los niños de las familias cristianas y este hecho debió llevar a los obispos a asumir la catequesis en forma personal. De allí la floración de escritos catequéticos que ha llegado hasta nosotros, y entre los cuales es preciso mencionar las catequesis bautismales de Juan Crisóstomo, las homilías catequéticas de Teodoro de Mopsuestia, los tratados del obispo Ambrosio de Milán, el *De catechizandis rudibus* de San Agustín y las catequesis de San Cirilo.

En primer lugar estudiaremos las catequesis de *San Cirilo de Jerusalén*, de quien casi nada se sabe hasta su elevación al episcopado, salvo que nació alrededor del año 313 y que murió en el 387 durante el reinado de Teodosio, que formó parte del clero del obispo Máximo y que su ordenación fue bastante confusa. Sucedió a Máximo y su episcopado estuvo lleno de vicisitudes e intrigas, hasta ser depuesto y exilado tres veces, quedando su Iglesia en manos de los arrianos. Sólo desde 379, con Teodosio, pudo gobernar en paz hasta su muerte, después de que el Concilio de Constantinopla lo reconociera solemnemente como obispo.

Entre los escritos de Cirilo las catequesis ocupan el primer puesto. Se conocen una procatequesis, dieciocho catequesis prebautismales y cinco catequesis mistagógicas.

El objeto de la procatequesis es mostrar a los candidatos al bautismo la grandeza del sacramento para el cual se preparan, y presentar una introducción general al cristianismo.

Las dieciocho catequesis prebautismales, para los *fofizomenoi* o *illuminandos*, fueron pronunciadas en la cuaresma y la semana de Pascua del año 348. Son catequesis de iniciación para los que van a ser "iluminados"

En las catequesis VI a XVIII, Cirilo comenta los artículos del "símbolo". Se trata del símbolo de Jerusalén, muy parecido al de Nicea, en cuanto que es un resumen de la fe en su estructura trinitaria, pero integrándola en la historia de salvación, presentando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de manera histórica y recurriendo sin cesar a la Escritura.

En las catequesis VI a IX trata de Dios, único y trascendente, inaccesible al conocimiento humano. La trascendencia, para Cirilo, es existencial y no abstracta: Dios se manifiesta en experiencias que evocan la densidad de la vida divina.

(23) *Ibidem*.

Ejemplo de estas experiencias son las de Abraham y Moisés. Luego trata de Dios Padre, situándose en perspectiva trinitaria, porque hablar del Padre implica hablar del Hijo. Y en seguida presenta la Providencia de Dios que es su omnipotencia. La catequesis sobre Dios Creador muestra la situación del hombre y del universo en relación con Dios.

De Cristo habla en las siguientes cinco catequesis: al Padre sólo podemos ir por Cristo. En ellas trata de los "nombres" o "títulos" de Cristo, de la divinidad y de la humanidad, identificando la Encarnación con la Redención.

La catequesis sobre el Espíritu Santo es la historia de sus maravillas en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Las acciones del Espíritu Santo son múltiples pero él es indivisible, y Cirilo subraya vigorosamente la unidad y continuidad de la acción de Espíritu en toda la historia.

Las catequesis mistagógicas proponen la iniciación a los "misterios" y se refieren a los sacramentos de iniciación. Estas catequesis se

hacían en la semana de Pascua, generalmente después del bautismo, con el objeto de explicar al catecúmeno los ritos ya vistos.

El método de estas catequesis consiste en explicar el sentido del gesto realizado en el rito: "el sacerdote te ha tocado las orejas y las narices, ¿qué es lo que quiere decir?" (25).

Además se relacionan los ritos con los acontecimientos del Antiguo y del Nuevo Testamento: la entrada al baptisterio, que Cirilo compara con el Paraíso, se relaciona con la liberación de Egipto (26). La forma octogonal del baptisterio es también simbólica porque el número ocho es símbolo de resurrección y vida eterna, por ser siete los primeros días de tiempo del mundo.

Otro símbolo es cuando el candidato, vuelto hacia occidente, lugar de las tinieblas, se vuelve hacia oriente, que es la luz, como señal de su cambio total, de su *metanoia* (27) y renuncia a Satanás (28) y a sus pompas (29): el teatro, las carreras de caballos, la cacería y las vanidades.

(24) Ibidem

(25) Ibidem

(26) CIRILO DE ALEJANDRIA: *Cat* 1.2.ed. cit., pp. 85-86.

(27) *Cat* 1.9. ed. cit., p. 99.

(28) *Cat* 1.4. ed. cit., p. 88.

(29) *Cat* 1.6. ed. cit., p. 92.

La "denudación" es el despojamiento del pecado y del hombre viejo. Este rito corresponde a las escenas del Paraíso, donde Adán vencido por Satanás se viste de corrupción, y del Calvario, cuando el nuevo Adán viste a la humanidad de incorruptibilidad (30).

Entonces tiene lugar la unción del catecúmeno en todo el cuerpo con el óleo exorcizado. Este óleo simboliza, para Cirilo, la preparación al combate, de la misma manera como los atletas eran ungidos antes de ir a la arena. Esa misma idea le tomará Juan Crisóstomo (32). Pero también se considera el óleo como exorcismo, como símbolo de purificación del pecado (33).

El rito continúa con el bautismo, como inmersión completa en el agua repetida tres veces en nombre de las personas de la Santísima Trinidad (34). La inmersión es purificación del pecado en el sentido paulino y es comunicación del Espíritu Santo que hace las nuevas creaturas; también significa nuestra

muerte con Cristo, la sepultura de tres días y nuestra resurrección en él (35). Lo esencial de este rito es que nos hace partícipes de la muerte y resurrección de Cristo. Cirilo insiste en los efectos místicos del bautismo, por el cual no solo se nos perdonan los pecados sino que somos adoptados como hijos por participación en los mismos sufrimientos de Cristo.

El rito de la vestidura blanca, que como símbolo del hombre nuevo conservaba el catecúmeno durante siete días, es la contrapartida de los vestidos viejos y símbolo escatológico de resurrección de los cuerpos y de la participación en la gloria de Cristo Resucitado.

En la tercera catequesis mistagógica se hace referencia a la unción postbautismal, es decir, a la confirmación, por la cual el bautizado se hace plenamente cristiano o nuevo Cristo (36). Aquí Cirilo presenta varias prefiguraciones del Antiguo Testamento, como la unción real de Salomón o la sacerdotal de Moisés,

(30) *Ibid.*, Cat II.2. ed. cit., p. 107.

(31) *Cat II.3.* ed. cit., pp. 107-109.

(32) CIRILO DE JERUSALEN: *Catechèses mystagogiques, Sources Chrétiennes 126.* Cerf. Paris, 1975. p. 145.

(33) *Ibidem*

(34) *Cat II. 4.* ed. cit., pp. 11-112.

(35) *Cat II.5-8.* ed. cit., pp. 113-119.

(36) *Cat III.5.* ed. cit. p. 129.

a su hermano Aarón. Es interesante la interpretación que hace Cirilo del rito de crismación: los bautizados son crismados en la frente para ser librados de la virgüenza, en las orejas para oír al Señor, en la nariz para ser el buen olor de Cristo, en el pecho para estar firmes contra las maniobras del diablo (37).

La cuarta y quinta catequesis se ocupan de la Eucaristía, como presencia real y culminación de los demás sacramentos (38). Explican, también, los ritos eucarísticos desde el momento en que el pan y el vino son llevados al altar, la purificación de manos y el beso de paz de los fieles (39); la anáfora con sus tres movimientos de alabanza y acción de gracias por toda la creación, la epiclesis eucarística y las oraciones de intercesión y súplica (4). Luego hay un comentario al Pater (41), primer testimonio de la inserción en la liturgia eucarística; la comunión bajo las dos especies, con la exhortación final y una breve doxología son la culminación de la ceremonia eucarística y con ellas terminan estas catequesis mistagógicas.

El estilo de Cirilo en estas cinco catequesis es sencillo y familiar pero no exento de grandeza. Es el estilo apropiado a una lección que explica el misterio. Las referencias a la Escritura son frecuentes, especialmente los Salmos, los Profetas, el Cantar y San Pablo.

Se ha dudado y todavía se duda si Cirilo es un autor de estas catequesis y las discusiones exegéticas alrededor de este tema son realmente apasionantes. De ellas sólo diremos que no se puede asegurar que el autor sea Cirilo o Juan II, obispo de Jerusalén y sucesor de Cirilo. Podría pensarse que las catequesis fueran de Cirilo y que el obispo Juan las hubiera retocado después.

En estas catequesis de San Cirilo vemos el prototipo de la catequesis sacramental y mistagógica ya estructurada, de la cual dependen Ambrosio y Teodoro de Mopsuestia. Representan, ciertamente, una fuente riquísima para conocer el contenido y el método de la catequesis en el siglo IV.

Teodoro de Mopsuestia escribió dieciseis homilías catequéticas que

(37) Cat III.4. ed. cit., pp. 126-127.

(38) CIRILO DE JERUSALEN: Cat IV.3. ed. cit., pp. 136-137.

(39) CIRILO DE JERUSALEN: Cat V V.2-3. ed. cit., 146-151.

(40) CIRILO DE JERUSALEN: Cat V.8-10. ed. cit., pp. 156-157.

(41) CIRILO DE JERUSALEN: Cat V.11-18.

(42) CIRILO DE JERUSALEN: Cat V.19-22.

probablemente fueron pronunciadas en el año 392 y de las cuales solo conocemos una traducción siríaca descubierta hace poco.

Al comparar las catequesis de Teodoro con las de Cirilo se observa que la catequesis del siglo IV contaba con un esquema bien estructurado.

De la misma manera que Cirilo, las diez primeras homilías de Mopuestia son un comentario al "símbolo" y con un estilo muy parecido al de Cirilo. También como el obispo de Jerusalén, termina con el comentario del Pater, dedicándole una homilía completa.

Sus cinco catequesis mistagógicas están dedicadas al bautismo, dos; a la unción, una; y a la eucaristía, dos.

El bautismo es la ruptura con el poder del domingo y el inicio de la nueva alianza con Cristo. Destaca el carácter trinitario que se manifiesta, ya, en el bautismo de Jesús. También es nueva vida y nuevo nacimiento.

La eucaristía es participación en la muerte y la resurrección de Cristo, relacionándola con el sacrificio de la cruz y con la vida histórica de Jesús.

La originalidad de Teodoro de Mopuestia y lo que lo diferencia de Cirilo es que prescinde, casi por completo, de toda referencia al Antiguo Testamento.

Con *San Ambrosio de Milán* penetramos en la tradición occidental. Del obispo de Milán conocemos el tratado *De Sacramentis* y el *De Misteriis*, en los cuales encontramos una explicación de los sacramentos según una teología bíblica.

Es posible anotar semejanzas entre los tratados de San Ambrosio y las catequesis mistagógicas de Cirilo, y se podría suponer que las del obispo de Milán dependen de las del Obispo de Jerusalén. Porque ambos esperan que hayan sido bautizados los catecúmenos para explicarles los ritos sacramentales; en ambos la triple inmersión es participación en la muerte de Cristo; ambos conciben la eucaristía como participación de la naturaleza divina; y ambos emplean los mismo términos en su explicación del Padre Nuestro.

Ahora bien, también se puede pensar en un esquema litúrgico común a ambos autores. También San Juan Crisóstomo ofrece similitudes en sus sermones de carácter mistagógico.

Teodoro tiene su sello personal. Por ejemplo el lavatorio de pies que se hacía después de la salida de la piscina y de la unción.

Siguiendo el esquema mistagógico, San Ambrosio explica cada gesto sacramental para descubrir su significado en la experiencia de fe en la cual se inicia el neófito.

Estos tratados mistagógicos son, en sus líneas fundamentales, muy parecidos entre sí, con la misma sucesión de ritos, similares referencias a las figuras bíblicas e igual énfasis en la dimensión trinitaria. Lo cual hace pensar en una tradición ya firme y en una catequesis mistagógica bien estructurada.

San Juan Crisóstomo preparó a los catecúmenos de Antioquía para el bautismo durante 12 años, desde el 386 hasta el 398. Pero a pesar de que su obra literaria es inmensa (consta de dieciocho volúmenes de la Patrología de Migne), en materia de catequesis no es muy abundante: ocho catequesis inéditas (43).

Presenta el bautismo a partir de los diversos nombres que recibe; baño para renacer, iluminación, sepultura, circuncisión, cruz. Con una exhortación moral pone fin a la primera catequesis.

La segunda, que fue pronunciada diez días después, retoma la violenta diatriba contra los juramentos del final de la primera, costumbre esta que se debía abandonar so pena de no ser bautizados. Entonces

enseña que el bautismo es crucificar al "hombre viejo" y el pecado. Por eso es resurrección.

Precedía inmediatamente al bautismo la cuarta catequesis, que era pronunciada el Jueves Santo. En ella se explica el sentido del rito de la renuncia a Satanás y los del bautismo que tendrían lugar la noche del Sábado Santo. Esta catequesis ofrece particular importancia pues de tiempo atrás se conocía una versión latina *ad neophytos*, que es la misma homilía que figura en la colección de las ocho catequesis descubiertas por Antoine Wegner en 1955 en el Monasterio Stavronikita del Monte Athos.

Juan Crisóstomo concibe la iniciación como la instrucción que se le da a la novia, por cuanto el bautismo es un matrimonio espiritual del alma con Cristo (44). Presenta el Credo o símbolo en el cual profesamos la fe en Dios Padre, Creador (45), en Jesucristo, su Hijo, único consubstancial pero persona distinta, preexistente y que se encarnó para salvarnos (46) y en el Espíritu Santo, de la misma dignidad (47).

(43) JUAN CRISOSTOMO: Huit catechèses baptismales inédites. Sources Chrétiennes 50. Cerf. Paris, 1957.

(44) I,1-19.

(45) I.20.

(46) I, 21.

(47) I, 23.

La fe debe probarse en la vida practicando las virtudes cristianas. el yugo de Cristo es suave y su misericordia inmensa (48), por lo tanto es necesario renunciar a la vanidad de las riquezas, ser humilde, respetar al prójimo (49). A la mujer se le pide que desprecie los ornamentos, las seda y, en especial, el maquillaje (50). También se rechazan las supersticiones (51), se aconseja reconciliarse con los enemigos (52) y huir de las carreras de caballos para honrar el nombre de cristiano (53).

En la segunda catequesis, anterior al bautismo, presenta el plan de salvación (54) con el fin de recalcar la misericordia divina. Luego describe los ritos de la iniciación cristiana: el exorcismo (55), la renuncia a Satanás y la adhesión a Cristo (56), solemne ceremonia que tenía lugar el Viernes Santo, a la hora en que el Buen Ladrón, con su arrepentimiento, mereció entrar al cielo (57).

Por esta catequesis podemos saber cómo era el rito de la unción de los catecúmenos. Primero en la frente (58) y luego, en la noche, en todo el cuerpo (59); después de lo cual se practicaba la triple inmersión en las aguas sagradas (60), invocando cada persona de la Trinidad (61). Entonces se entierra el "hombre viejo" para resucitar el "hombre nuevo".

Según el Crisóstomo, Cristo está presente en la celebración y es él mismo, con su diestra, el que toca la cabeza del bautizado (62).

La muy conocida "homilía a los neofitos" era pronunciada en la mañana de Pascua, una vez que la ceremonia del bautismo había terminado. Proclama la alegría del bautizado y las múltiples gracias del bautismo, como la libertad de los hijos de Dios, ser coherederos del cielo, miembros de Cristo, templos de Dios, instrumentos del Espíritu (63). Asocia la virtud de la sangre

(48) I, 25.

(49) I, 31 - 32.

(50) I, 34-38.

(51) I, 39.

(52) I, 41.

(53) I, 44.

(54) II, 1-8.

(55) II, 12-44.

(56) II, 17-21.

(57) II, 20.

(58) II, 22.

(59) II, 24.

(60) II, 25.

(61) II, 26.

(62) II, 26.

(63) III, 5.

de Cristo (64), prefigurada por la sangre de los corderos inmolados por orden de Moisés (65), con la virtud del agua, símbolo del bautismo.

Los neófitos contraen, por el bautismo, unas obligaciones morales, que San Juan detalla en las catequesis últimas. La vida cristiana no sólo exige un cambio exterior en el modo de vivir. Es la vida de la gracia que se desarrolla en el ser, es hacerse hijos de Dios en el sentido paulino, es decir, en absoluta docilidad y vaciamiento de sí. Y tanto influyó San Pablo en Crisóstomo, que lo pone de ejemplo a los neófitos (66).

El bautismo es nueva creación, nueva vida, porque "nos transformamos en Cristo y hemos sido re-vestidos de él" (68).

Recomienda a los neófitos que brillen por su conducta y por sus buenas obras más que por sus vestiduras (69); que crucifiquen sus pasiones (70) para dar gloria a Dios (71).

Una carecterística de la catequesis moral es la continua referencia al Espíritu Santo y a su acción en la vida del neófito. Todo cambio interno, manifestado en las costumbres, sólo puede ser obra del Espíritu.

Y este cambio interno es otra característica de las exhortaciones. El orador pide una nueva cuaresma en que no haya abstención de comida y bebida sino del pecado; que la vida nueva simbolizada en la vestidura blanca debe ser realizada por la oración y la limosna, como lo hizo el centurión (72).

Los ejemplos bíblicos son frecuentes y jalonan el programa de vida del cristiano: como Abraham hay que preferir los bienes espirituales (73) en lugar de precipitarnos hacia los temporales (74).

Las catequesis del Crisóstomo pintan el cuadro de la vida diaria del neófito. Cada día debía ir a la Iglesia antes del trabajo, volver por la noche y arrepentirse de los pecados (75); no dejarse abochornar

(64) III, 12.

(65) III, 15.

(66) IV, 7-11.

(67) IV, 7.

(68) IV, 29.

(69) IV, 17.

(70) IV, 28.

(71) IV, 33.

(72) VII, 28-31.

(73) VIII, 7-10.

(74) VIII, 11-15.

(75) VIII, 16-18.

por las preocupaciones del diario vivir (76), ocuparse del alma para ser digno de la gracia del Espíritu Santo (77).

Llama la atención en estas homilías de San Juan Crisóstomo la riqueza de lenguaje y las imágenes concretas tomadas de la vida cotidiana de su tiempo, así como el predominio de la preocupación moral sobre las especulaciones abstractas.

2.3 El *De catechizandis rudibus* de San Agustín

Este tratado, breve y sencillo, sintetiza la experiencia catequética de los primeros siglos de la Iglesia. Brilla en él toda la sicología del genio de San Agustín y, por eso, ha tenido un influjo tan grande, desde San Isidoro de Sevilla hasta la catequesis moderna, pasando por Petrarca, por Erasmo, por el Abbé de Fleury.

Este oúsculo fue escrito a mediados del año 500, a petición del diácono cartaginés Deogracias, amigo de Agustín. La catequesis de adultos que tenía a su cargo Deogracias pudo ocasionar un momento crítico en su ministerio, al cual responde Agustín, animándolo para continuar su tarea.

Es bueno anotar que rudes no significa gente inculta sino aquellas

personas que van a iniciar su proceso de formación en la fe y, por lo tanto, necesitan los rudimentos del mensaje cristiano.

En su escrito, San Agustín se refiere a la catequesis desde su inicio y no solamente, como en el caso de Cirilo o Juan Crisóstomo, de la preparación inmediata del bautismo.

Se trata de una obra eminentemente pastoral, en la que aparece la personalidad del pastor, del teólogo y del sicólogo. También se descubre en ella que la enseñanza de la doctrina cristiana no es una acción meramente intelectual y especulativa, sino un ministerio altamente cualificado para formar integralmente al catequizando. San Agustín se presenta como un catequista experimentado y su fineza metodológica llega hasta los demás mínimos detalles.

De catechizandis rudibus podría considerarse como el más antiguo tratado de catequesis, en el sentido de que es el primer intento de presentar de manera sistemática y ordenada una visión integrada de la fe cristiana.

En sus veintisiete capítulos, la obra aborda temas tan diversos como el ministerio del catequista y su importancia dentro de la comuni-

(76) VIII, 19.

(77) VIII, 25.

dad cristiana, el contenido fundamental de la iniciación y los fines que deben perseguirse, unidos a una metodología ya experimentada y debidamente pensada. La caridad y la alegría son el elemento unificador y, al mismo tiempo, las notas fundamentales de todo catequista.

La catequesis de Agustín es de inspiración bíblica. Su fundamento es la Escritura, cuya lectura tiene como finalidad hacer acontecer la realidad amoroso-salvífica de Dios vivida en la historia de salvación y actualizada en el catequizando.

San Agustín se propone en su catequesis interpretar esa historia de salvación según las necesidades de los destinatarios a fin de que los hechos y palabras adquieran un significado nuevo. Así, el catequizando acepta gozosamente la fe: la fe que logre tocar su vida y transformarla.

Es, pues, evidente que la catequesis de Agustín se alimenta en una teología de la historia de salvación.

La persona de Cristo, presente en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, es el hilo conductor del contenido bíblico. Cristo hace posible la lectura adecuada del Antiguo Testamento porque la figura del Señor

rebinda luz para leer el sentido pleno de la Escritura. El catequista hace descubrir esa actuación del Señor a lo largo de la historia.

La cristología subyacente es sencilla, sin elaboraciones filosóficas sobre el ser del Señor y sin intentos apologeticos. Es un sencillo y delicado anuncio para que el rudo viva la experiencia del amor salvífico del Señor:

“¿Y a qué viene el Señor, sino a mostrar el gran amor de Dios hacia nosotros? de manera elocuente lo comprobó, porque cuando éramos sus enemigos, Cristo murió por nosotros” (78).

Y Agustín concluye que en el Antiguo Testamento está oculto el Nuevo y en el Nuevo Testamento se hace manifiesto el Antiguo (79).

En el contexto histórico de una Iglesia local, familiar y en transición conserva el sabor de la intimidad que da el confesar una fe común. Esta Iglesia es presentada como el Pueblo de Dios y el Cuerpo de Cristo, con sentido de universalidad e integrando un sano pluralismo en la confesión de fe según los diferentes ambientes en donde se vive y proclama la experiencia de Dios (80).

(78) SAN AGUSTIN: *La iniciación cristiana*. Traducción y comentarios de Néstor Giraldo Ramírez. Instituto Catequístico Juan de Castellanos. Tunja, 1974. p. 108.

(79) *Ibidem*, p. 11.

(80) “Pues no otra fue la finalidad con que se escribió cuanto leemos en las Escrituras, o sea preparar su venida y prefigurar la futura Iglesia que es el pueblo de Dios diseminado en todas las naciones y que constituye el Cuerpo de Cristo” *Ibidem*, p. 7.

La moral está enmarcada y definida por la conversión y vida nueva en el catecúmeno que paulatinamente se va abriendo a la acción amorosa de Dios y celebra su bautismo como comienzo consciente y comunitario de la salvación-conversión.

La moral es camino de novedad en el ser y el hacer de la persona. Es vida alegre, porque el Señor ha entrado en el corazón (81).

El proceso de formación debe terminar en tono escatológico, que abra a la trascendencia el contenido catequético e impulse al hombre a contemplar, desde ahora, su vida futura en la esperanza del encuentro con el señor (82).

En cuanto al significado de la salvación, Agustín equilibra el aspecto personal y comunitario: se salva la persona en la comunidad.

De catechizandis rudibus es, ante todo, un tratado de metodología catequética. La importancia del método radica en que permite la comunicación del mensaje. Por ello, método y mensaje no pueden separarse en la acción catequética.

Para Agustín, el método catequético tiene como finalidad manifestar la obra de Dios y se inspira en el modo de obrar de él. Por ello debe adaptarse al momento vital de cada hombre, leer sus necesidades y sus anhelos, encarnarse en las circunstancias que él vive. Por eso varía según el ambiente cultural del auditorio.

Al exponer los principios de una catequesis de la historia de salvación, integra todos los consejos pastorales básicos para transmitir el mensaje, iluminando y proponiendo tácticas pedagógicas que permitan al catequista enriquecer su labor y renovar el ánimo cuando hay dificultades.

El primer consejo de Agustín es "catequizar con alegría y buen humor". Ante las dificultades de su amigo Deogracias, le dice que para que su ministerio sea efectivo lo debe asumir con gusto. Así, el catequizando puede percibir la alegría del servicio y de la fe. Sin este testimonio, el ministerio de la catequesis no logra transmitir lo esencial: el amor de Dios por el hombre. Seis razones pueden desanimar al cate-

(81) "Por ello es muy de recomendarse que cuando aquel que sigue nuestra instrucción, a través de la cual es Dios quien se hace oír, empiece a progresar en costumbres y en doctrina y emprenda con alegría el camino de Cristo. Y al amarse a sí mismo, al amarnos a nosotros o a cualesquiera otros amigos, los ame en Aquél y por Aquél que le amó a El". *Ibidem*.

(82) "Terminada la narración, debemos inculcar la esperanza en la resurrección y según la capacidad y disposición del oyente, si hubiere tiempo para ello, hemos de refutar la vana irrisión que se hace de la resurrección y del juicio final, favorable para los buenos, severo para los malos, verdadero para todos". *Ibidem*, p. 15.

quista y para cada una de ellas Agustín propone cómo puede continuar el catequista sin turbarse por lo que le ocurre:

1) Si el oyente no entiende nada. *Puede ser porque el catequista está por encima del nivel cultural e intelectual del catequizando o porque los contenidos de la fe no llegan a ser captados.*

Para resolver esta situación, el catequista debe contemplar el Misterio de la Encarnación del Señor para recobrar ánimos y ser capaz de "bajarse" hasta el otro en actitud de verdadera caridad.

2) Si el catequista tiene miedo de hablar. *Esto puede ocurrir cuando se trabaja con lecturas ajenas, con el pretexto de que es mejor lo ya conocido.*

También puede ocurrir por los efectos negativos que el catequista haya podido experimentar en su exposición, lo cual provendría de un error del mismo catequista que él debe reconocer con humildad y seguir adelante.

O también por la misma presentación de la verdad que "es dura, choca y desconcierta".

3) Si el catequista tiene miedo de ser pesado. *Esta tentación es muy frecuente, porque el catequista puede sentir que la repetición de su doctrina carece de poder y de novedad.*

Para superar esta dificultad, el catequista cuenta con la caridad y la alegría para crear un vínculo fraterno con los oyentes y renovar así todas las cosas, porque el amor renueva las cosas viejas.

4) Si el auditorio no reacciona. *El catequista no debe desesperarse en este caso, sino buscar la causa. Tal vez sea por timidez, y entonces debe facilitarse la comunicación. Otra causa se puede detectar al formular las preguntas sobre lo que se está comunicando, para conocer el grado de comprensión de los oyentes y darles oportunidad de expresar sus dificultades. Ante esta posibilidad el catequista debe estar atento para revisar su lenguaje, haciéndolo comprensible y amable.*

Otro posible factor es el cansancio, ya por estar de pie o porque la catequesis se ha prolongado. Hay, entonces, que procurar comodidad y salpicar la predicación de anécdotas y de notas de humor fino.

5) Si el catequista está molesto. *Por ejemplo, cuando ha dejado una tarea importante para atender la catequesis, tiene el catequista que hacer una jerarquización de sus trabajos, poniendo en primer lugar la atención a la caridad.*

6) Si el catequista se halla interiormente turbado. *Las causas de la desazón interior pueden ser un hecho grave, ajeno al catequista,*

pero que le atañe profundamente, o su propio pecado o un error que hubiera cometido.

Para superar su turbación está la caridad que lo puede llevar a la donación de sí para que el catequizando se sienta acogido y amado por Dios.

San Agustín, además, se ocupa de los distintos auditorios posibles y la atención que se debe prestar a cada uno, teniendo en cuenta el orden sociocultural que condiciona a las personas.

Ante la necesidad de una adaptación, Agustín distingue la enseñanza oral de la escrita, la pública y la privada. También hacía distinciones según el sexo y número de personas, su origen social, sus relaciones recíprocas, la situación personal del que habla, las corrientes de opinión:

“No es lo mismo dar instrucción a una persona, mientras otros opinen y den testimonio sobre estos temas que le son bien conocidos, que dirigirnos a un grupo que espera lo que vamos a decirles; diferente actitud cuando se trata de una conversación privada; una gran diferencia entre un auditorio reducido y otro compuesto por gentes que pueden ser doctas, e ignorantes” (83).

(83)

(84)

(85) CORPAS DE POSADA, I. y G.J. PEREZ: *La encarnación de la fe en las culturas*. THEOLOGICA XAVERIANA 28 (78). p. 517.

Un común denominador de las recomendaciones para adaptar la catequesis a un auditorio es la acogida alegre para quienes llegan; valorar las inquietudes de los presentes; estimular al auditorio y sintonizar con el momento que los catequizandos están viviendo.

Y estas palabras parecen sintetizar el pensamiento de Agustín sobre el método catequético:

“Proponiéndote, pues, como fin este amor, al cual has de referir cuanto digas, todo lo que narres, nájralo de tal manera que aquél a quien hables oyendo crea, creyendo espere, esperando ame” (84).

San Agustín da un paso muy significativo en la catequesis al ofrecer una síntesis y profundizar en la pedagogía misma de la historia de la salvación. El sigue este método y le aconseja a Deogracias hacerlo, para así lograr que el catequizando entienda y experimente la obra de Dios en su propia vida.

Y en San Agustín, como en los demás Padres, es evidente el esfuerzo por responder a las circunstancias y a las necesidades de su tiempo, así como a las propias de sus oyentes (85), adaptando el dato de la fe para sus destinatarios y aceptando los valores de su cultura.

3. EL CATECISMO DE MARTIN LUTERO (86)

El objetivo del *Catecismo breve para uso de los párrocos y predicadores en general*, publicado por Martín Lutero en 1529, aparece en el prólogo donde el autor afirma que hay una total despreocupación por la doctrina, a causa del desinterés de los mismos ministros de la "iglesia" (87), sobre todo en los campos a donde no ha llegado la doctrina catequética de los obispos y demás pastores.

Este catecismo tiene una particularidad muy especial por su contenido breve pero fundamental y por su estabilidad en sus definiciones dogmáticas. Por eso recomienda que el predicador no use textos variados (88). Los temas están distribuidos de la siguiente manera: los mandamientos; el credo, presentado por artículos: de la creación, de la redención, de la santificación; el padrenuestro en forma sencilla, tal como un padre de familia debe exponerlo a los suyos y distribuido en siete peticiones; los sacramentos: el sacramento del bautismo, expli-

cado en forma sencilla, como un padre de familia debe explicarlo a los suyos; el sacramento del altar, explicado de forma sencilla, como un padre de familia debe exponerlo a los suyos. También incluye la forma en que un padre de familia debe enseñar a los suyos a signarse por la mañana y por la noche; la forma en que un padre de familia tiene que enseñar a los suyos la bendición y la acción de gracias; el cuadro doméstico de algunas sentencias apropiadas a todas las clases y estados, con el pasaje apropiado, para que sirva la exhortación al desempeño de su función y oficio respectivos.

En cuanto a la metodología, este catecismo se caracteriza por su sencillez en cada una de sus partes, respaldadas por cortas afirmaciones de las preguntas clásicas que hace.

Respecto al contexto teológico, se puede decir que la cristología "luterana" que se puede entrever en el catecismo de Lutero está de alguna manera presente en la parte que corresponde al Credo y lo presenta así:

(86) LUTERO, M: *Catecismo Breve Para uso de los Párrocos y Predicadores en General* (1529). En *Obras*, Edición preparada por Teofanes Egido, Sígueme, Salamanca, 1977.

(87) "Todos se llaman cristianos, están bautizados y disfrutan del santo sacramento, pero ignoran el padrenuestro, el credo y los diez mandamientos; viven despreocupados como el ganado, como cerdos irracionales". LUTERO, M.: *op. cit.* p. 292.

(88) "En primer lugar, que el predicador se abstenga y guarde de usar textos variados o redacciones diferentes de los diez mandamientos, del padrenuestro, del credo, de los sacramentos, etc. Que adopte, por el contrario, una fórmula única a la que atenerse, y la use de forma invariable año tras año. Porque se precisa enseñar a los jóvenes y a los sencillos a base de textos uniformes y fijos" *Ibidem*.

“Creo que Jesucristo, verdadero Dios nacido del Padre desde la eternidad, y verdadero hombre nacido de la virgen María, es mi señor, que me ha resucitado, adquirido y ganado, siendo yo un hombre perdido y condenado, al librarme del pecado, de la muerte y del poder del demonio, no a precio de oro y plata, sino por su sangre preciosa, por su padecimiento y muerte inocentes, para que sea propiedad suya y viva bajo su señorío en su reino, a fin de servirle eternamente en la justicia, en la inocencia y en la felicidad, lo mismo que él mismo, al resucitar de entre los muertos, vive y reina por toda la eternidad” (89).

Tal vez no de manera explícita, pero sí implícitamente es posible identificar la concepción eclesiológica, cuando hace referencia a la unidad que produce el mismo Jesús, presente por su Espíritu en cualquier comunidad (90). Lo curioso es que aboga por una sumisión a la autoridad temporal (91).

Para Lutero, los únicos sacramentos que están respaldados bíblicamente son: el bautismo y el sacramento del altar (Eucaristía). Refiriéndose al sacramento del bautismo afirma el poder de la palabra Dios (92). Por eso el sacramento del bautismo es arrepentimiento y penitencia de todos los días (93). Respecto al sacramento del altar afirma su institución por Cristo (94). Ade-

(89) LUTERO, M.: *op. cit.* p. 297.

(90) “Creo que por mi razón y por mis fuerzas propias no soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, ni llegar a él. Sino que es el Espíritu Santo quien me ha llamado al evangelio, me ha iluminado con sus dones, me ha santificado y mantenido en la fe verdadera, al igual que llama, reúne, ilumina, santifica a toda la cristiandad sobre la tierra y la conserva en la unidad de la verdadera fe en Jesucristo. El es quien, en esta cristiandad, me perdona a diario y plenamente todos mis pecados así como los de todos los creyentes. Es él quien en el último día, me resucitará, a mí y a todos los muertos, y me dará una vida eterna, así como a todos los creyentes en Cristo”. LUTERO, M.: *op. cit.* p. 297.

(91) “Someteos todos a la autoridad, porque la autoridad, que existe en todos los sitios, ha sido instituida por Dios; por tanto, quien resiste a la autoridad, está resistiendo al orden establecido por Dios, y el que se rebela recibirá su condena. Porque la autoridad no lleva la espada en vano; está al servicio de Dios para ejercer la represión vengadora sobre los que obran mal”. LUTERO, M.: *op. cit.* p. 303.

(92) “El bautismo no es agua sin más sino el agua mandada por Dios y unida a su palabra”. LUTERO, M.: *op. cit.* p. 300.

(93) “Significa que el viejo Adán que hay en nosotros debe ser ahogado en el arrepentimiento y en la penitencia de todos los días; que debe morir con todos los pecados y malas concupiscencias, y que, también a diario, debe emerger y resucitar un hombre nuevo que vive eternamente en la justicia y en la pureza a los ojos de Dios”. LUTERO, M.: *op. cit.* pp. 300-301.

(94) “Es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, bajo el pan y el vino, instituido por Cristo mismo para ser (comido) y bebido por nosotros los cristianos”. LUTERO, M.: *op. cit.* p. 301.

más de esto, contiene en sí mismo la redención humana obrada por Jesucristo hecho sacramento de salvación (95). Más aún, a propósito del sacramento del altar Lutero acentúa las palabras de la institución (96).

4. LOS CATECISMOS TRIDENTINOS

4.1 El Contexto Histórico de los Catecismos Tridentinos

El contexto histórico eclesial de los catecismos surgidos en la contrarreforma es el pontificado de Pío V, quien gobernara la Iglesia desde 1566 hasta 1572.

Al asumir el papado Antonio María Ghislière demostró su deseo de gobernar la Iglesia con rígida severidad buscando la reforma, consecuencia ésta de la situación político-religiosa y de las decisiones del Concilio de Trento.

Con la colaboración de Carlos Borromeo, se dedicó a purificar la burocracia de la Sede Apostólica, impartió órdenes a los presbíteros para que vivieran de acuerdo a su condición y a los obispos les impuso la obligación de residir en sus

sedes. Creó el Índice para las obras prohibidas, reglamentó los sínodos de Obispos, reformó las órdenes religiosas y se mostró severo en la lucha contra la herejía.

En cuanto la lucha contra el Islam, Pío V estimuló el espíritu de la cruzada, y logró unir las flotas navales de España, Venecia y los Estados Pontificios, lo cual condujo, finalmente, a la victoria de la batalla de Lepanto en Octubre de 1571.

Gran preocupación del Papa Pío V fué la unificación de la enseñanza religiosa, en la que trabajó con empeño para cumplir las directrices y recomendaciones del Concilio de Trento. Su actividad en este campo desembocó en la elaboración y publicación del llamado *Catecismo del Santo Concilio de Trento para los Párrocos*. Igualmente apoyó incondicionalmente la actividad catequética de San Pedro Canisio, amigo personal suyo, en el deseo de atajar el avance de la herejía de la reforma.

Se enfrentó a Felipe II en defensa de la autonomía de la Iglesia en

(95) "Se encuentra indicado en las palabras "entregado por vosotros y derramado en remisión de los pecados", es decir, que en el sacramento, y en virtud de estas palabras, se nos otorga la remisión de los pecados, la vida y la salvación; porque donde hay remisión de los pecados, allí está también la vida y la salvación". LUTERO, M.. **op. cit.** p. 301.

(96) "Debemos predicar de manera que sean ellos mismos los que se obliguen, sin que nuestra ley les fuerce a hacerlo; que sean ellos precisamente los que nos fueren nosotros, los pastores, a administrar el sacramento. Para eso hay que decirles que muy bien se puede temer que esté despreciando al sacramento y pide la comunión una o cuatro veces al año, lo mismo que no es cristiano quien no crea en el evangelio o no lo escuche. Cristo, en efecto, no dice "dejadlo" o "despreciadlo", sino "hacer esto siempre que bebáis". LUTERO, M.: **op. cit.** p. 294.

materia religiosa; tuvo serias discrepancias con el emperador Maximiliano II; desaprobó la política de Francia en relación con los hugonotes y la de España frente a los rebeldes holandeses, intervino en la situación de Escocia, agitada por las pugnas de la reina Isabel de Inglaterra contra María Estuardo de Escocia, excomulgando a aquella en el año de 1570.

4.2 El catecismo de San Pío V (97)

El Concilio de Trento designó una comisión para que redactara un catecismo, pero al concluir las sesiones decidió, finalmente, confiar al Papa la responsabilidad de terminarlo y publicarlo. En su primera redacción colaboraron los cardenales teólogos Seripando, Miguel de Medina, Galesiano, Musio Galini y Catiglione. Después del Concilio, el trabajo de redacción fue continuado por Leopardo Mariño, Arzobispo de Lanciano; Foscarini, Obispo de Módena; Francismo Fureiro y Falini. El borrador fué sometido a la revisión de San Carlos Borromeo, y una vez terminado se entregó al Papa para la revisión final y previa aprobación. El Papa le hizo algunas observaciones de fondo y de forma, y, finalmente se publicó en latín bajo el título de *Cathecismus ex Decreto Concilii Tridentini ad Parrochos, Pio V Jure Editus*.

En realidad, era un manual destinado a los párrocos para completar su instrucción teológica y facilitarles la predicación y la catequesis al pueblo. De esta obra se hicieron después varios compendios que estaban destinados a servir como manuales escolares de catequesis fundamental.

También se conoce como "Catecismo Romano", "Catecismo del Santo Concilio de Trento para los párrocos" o, simplemente, "Catecismo de San Pío V".

El Catecismo de San Pío V tenía como finalidad "formular los puntos principales de la fe" con la mayor precisión posible, en respuesta a una confusa situación imperante en ese momento histórico a consecuencia de las doctrinas de los reformadores.

La finalidad del Catecismo podemos entresacarla de la misma presentación que hace el Papa Clemente XIII.

"Los doctores determinaron, según la mente del mismo Santo Concilio, que se compusiese otra obra, que abrazase toda aquella doctrina en que los fieles deben ser instruídos, y que estuviese muy limpia de error. Por esto dieron a luz este libro impreso con el título de Catecismo Ro-

(97) PIO V: *Catecismo del Santo Concilio de Trento para los párrocos*. Librería de Rosa y Bouret, París, 1857. Traducido en lengua castellana por el R.P.M. Fr. Agustín Zorita.

mano, haciéndose en ello dignos de alabanza por dos partes: ya porque encerraron en él aquella doctrina que es común en la Iglesia, y que está muy lejos de todo peligro de error; y ya porque la expusieron con palabras, para que públicamente se predicase al pueblo” (98).

La estructura general, sigue la línea de estructuración de los catecismos propios de la época, incluido el catecismo de Lutero, a saber: primera parte, de la fe y del Credo; segunda parte, de los sacramentos; tercera parte, de los diez mandamientos del Decálogo; cuarta parte, de la oración, y termina con el Padre Nuestro. En otras palabras, el DOGMA, la MORAL, el CULTO, las verdades que hay que creer, las normas que hay que observar, y las cosas que hay que practicar.

En general el método es expositivo. Se extiende en explicaciones exhaustivas sobre cada tema y particu-

larmente sobre aquellos conceptos que son objeto de controversia doctrinal o disciplinar. En la primera parte, el Credo, descompone el símbolo de la fe en artículos, y entra a explicar cada artículo de una manera exhaustiva, matizada por numerosos ejemplos.

Es particular en este catecismo que a cada una de las afirmaciones doctrinales, siempre siguen un respaldo y fundación bíblica, con textos de la Escritura interpretados literalmente y en forma historizante.

En cuanto al contenido teológico, Jesucristo es nuestro redentor directo porque tomó la naturaleza humana (99). Pero entre toda la humanidad se destaca por ser el Hijo único de Dios Padre, así lo expresa el mismo catecismo (100). Más aún El, entre todos, ocupa un rango de honor, porque es el ungiado de Dios Padre (101). Y solamente por El fué enriquecido el género humano (102). De todas estas afirmaciones hay que destacar, sin embar-

(98) PIO V: **op. cit.** p. 2.

(99) “El divino Verno, que es persona de la naturaleza divina, de tal modo tomó la naturaleza humana, que fuese una sola y una misma la Hipóstasis y Persona de ambas naturalezas”. PIO V: **op. cit.** p. 42.

(100) “Y por lo que mira a la divina generación, ni tiene hermanos ni coherederos ningunos, porque es hijo único del Padre, y nosotros los hombres hechura y obra de sus manos” PIO V: **op. cit.** p. 39.

(101) “Al nombre de Jesús se añadió el de Cristo, que quiere decir ungiado: es nombre de honor y de oficio”. PIO V: **op. cit.** p. 35.

(102) “En aquellos vemos figurados a Cristo, Señor nuestro por quien fue enriquecido el linaje humano con todos los bienes que habemos dichos” . PIO V: **op. cit.** p. 35.

go, aquellas que hacen referencia a la resurrección (103).

La Iglesia se entiende como la ampliación de la "casa de Dios" (104). No hay que hacer mucho esfuerzo para captar la figura de Iglesia que se presenta en este catecismo; una Iglesia piramidal con características jurídicas reales (105). Y militante en el sentido estricto de la palabra (106). Hace resaltar este catecismo la descendencia real de María (107).

El catecismo define el sacramento como señal visible de la gracia invisible (108), y más adelante explica el por qué de la conformación de siete sacramentos (109). Por esta razón, los sacramentos son justificantes (110). De ahí que el bautismo sea una señal de la posesión de la gracia (111). Y por eso el bautismo es sacramento de regeneración por el agua en la palabra (112). De igual manera, la eucaristía significa lo mismo que la buena gracia o acción de gracias.

-
- (103) "Resucitó por su propia virtud y poder, lo cual fué privativo y singular en Cristo". PIO V: **op. cit.** p. 65.
- (104) "Júntase también que amplificó en la tierra su casa, que es la Iglesia, y dispuso que fuese gobernada por la virtud y dirección del Espíritu Santo, y dejó entre los hombres por Pastor y Sumo Pontífice de toda ella al Príncipe de los Apóstoles San Pedro". PIO V: **op. cit.** p. 77.
- (105) "Significa pues la Iglesia llamamiento de muchos a un lugar". PIO V: **op. cit.** p. 93.
- (106) "La Iglesia militante es el escuadrón de todos los fieles que aún viven en la tierra, la cual por eso se llama militante, porque está en guerra continúa con los cruelesísimos enemigos mundo, carne y satanás". PIO V: **op. cit.** p. 95.
- (107) "Porque María Santísima, a quien celebramos y adoramos como Madre verdadera de Dios, por haber parido una persona, que es juntamente Dios y hombre, trae su origen del Rey David". PIO V: **op. cit.** p. 46.
- (108) "Sacramento: una señal visible de la gracia invisible, instituído para nuestra justificación". PIO V: **op. cit.** p. 137.
- (109) "Porque siete cosas parecen ser necesarias al hombre para vivir y conservar su vida, y emplearla con utilidad suya y de la República". PIO V: **op. cit.** p. 147.
- (110) "Porque siendo Dios quien hace a los hombres justos, y siendo los Sacramentos medios maravillosos para conseguir la justicia, es manifiesto que a solo el mismo Dios en Cristo se ha de reconocer por autor de la justificación y de los Sacramentos". PIO V: **op. cit.** p. 149.
- (111) "El Bautismo es señal, por la cual se declara la gracia de Dios que en él se nos infunde y por cuya virtud se nos concede, que entablando nueva vida, ejercitamos fácil y alegremente todos los oficios de la verdadera piedad". PIO V: **op. cit.** p. 141.
- (112) "Por el Bautismo renacemos en Cristo hijos de misericordia, pues dió potestad a los hombres de ser hechos hijos de Dios a los que creen en su nombre, los cuales son nacidos, no de sangre ni de voluntad de varón, sino de Dios". PIO V: **op. cit.** p. 158.

La salvación, como realidad, está estrechamente ligada con el comportamiento ético y moral a la conformidad de los mandamientos, sobre todo el del amor. En contraposición a esta realidad se encuentra el infierno que es la condena eterna (113) y fuego eterno (114). Cada uno, después de la muerte, debe presentarse ante el tribunal de Dios (115). Pero al igual que Jesucristo, todos los hombres resucitarán (116) (117) (118).

4.3 El Catecismo de San Pedro Canisio (119)

La primera impresión de este catecismo, que fuera aprobado por San Ignacio de Loyola, se hizo en el año de 1554, y en cuanto a la traducción, los mismos autores afirman haber tenido más cuidado que tiempo, por la mucha diferencia

que hay de un sumario de la fe, donde cada palabra es un artículo de ella.

Su finalidad era enseñar la doctrina cristiana a la juventud alemana de habla española y preservarla de errores.

Los temas se distinguen así:

Capítulo 1. De la fe y de su símbolo.

Capítulo 2. De la esperanza, y de la oración dominical Padre nuestro, Ave María.

Capítulo 3. De la caridad y del decálogo, Mandamientos, Mandamientos de la Iglesia.

Capítulo 4. De los sacramentos.

(113) "Muéstrate de aquí que la pena de los malos será colmada de todos los castigos". PIO V: **op. cit.** p. 84.

(114) "Y así el nombre de infiernos significa unos seres ocultos, donde están detenidas las almas que no han conseguido todavía la bienaventuranza celestial. Hay además de esto el fuego eterno del purgatorio, con el cual son atormentadas las ánimas de los justos por tiempo determinado". PIO V: **op. cit.** p. 62.

(115) "Y allí se hace averiguación rectísima de todas las cosas que haya hecho, dicho o pensado en cualquier tiempo". PIO V: **op. cit.** p. 79.

(116) "A más de éste la resurrección de Cristo nos produjo la resurrección de nuestros cuerpos, ya por que fué causa eficiente de este misterio, y ya porque todos debemos resucitar a ejemplo del Señor". PIO V: **op. cit.** p. 69.

(117) "Pero no solamente resucitará el cuerpo, sino también se le ha de restituír todo lo que requiere la integridad de su naturaleza, y la hermosura y ornamento del hombre". PIO V: **op. cit.** p. 121.

(118) "Todos quedarán inmortales sin haber en esto diferencia entre buenos y malos". PIO V: **op. cit.** p. 123.

(119) CANISIO, P.: **Catecismo Católico Trilingüe**, para uso de la juventud española. Imprenta de Don Benito Cano. Madrid, 1798. Traducido por Goya J. Muniain.

Capítulo 5. De los oficios de la justicia cristiana. Oración, obras de misericordia, frutos del Espíritu Santo, virtudes cardinales, bienaventuranzas, consejos, postrimerías: muerte, juicio, infierno, gloria.

La metodología del catecismo del P. Ganisio está fundamentada en la tradicional manera de preguntas y respuestas. Por ejemplo: ¿Quién debe llamarse cristiano? R. Aquel que habiendo sido bautizado, profesa en la Iglesia de Jesucristo.

Acerca del contenido teológico, el catecismo evidencia, en primer lugar que Jesucristo es verdadero Dios y Hombre. A diferencia de Jesucristo, Dios es el eterno Padre creador del cielo y de la tierra, quien conserva y gobierna con su sabiduría y bondad. Jesu-CHRISTO, es la segunda persona que hay en Dios, engendrado eternamente, consustancial al Padre, Señor y Redentor nuestro, quien nos libertó. Y por esto, la resurrección de Christo es salvífica (120). Pero también

Jesucristo es juez (121) y gracias a él somos hijos (122).

“La Iglesia es una, es a saber en un espíritu del Jesu-Christo, en una fe, y en una doctrina de la fe y de los sacramentos; en una cabeza y rector de la Iglesia universal, que es el vicario de Christo y sucesor de San Pedro” (123). Además la Iglesia es santa, católica, y en ella hay comunión de los santos. Por consiguiente, la Iglesia es la congregación de todos los que profesan la fe y la doctrina de Christo (124). No pertenecen a la Iglesia los judíos, infieles, apóstatas, herejes, cismáticos y todos aquellos que están fuera de la fe y aquellos apartados por la misma Iglesia” (125).

La Virgen María es mirada como aquella que ha sido colmada con la gracia de Dios y todas las virtudes (126).

Según este catecismo se puede definir el sacramento como una se-

(120) “Con el alma bajó al limbo, para librar de allí a los Santos Padres.. (y) ... al tercer día resucitó por propia virtud”. CANISIO, P. **op. cit.** p. 17.

(121) “Juez que juzga a los buenos y a los malos según sus obras”. CANISIO, P. **op. cit.** p. 8.

(122) “Dios Padre nos eligió por hijos suyos adoptivos y herederos en atención a los méritos de Christo”. CANISIO, P. **op. cit.** p. 19.

(123) CANISIO, P.: **op. cit.** p. 9.

(124) CANISIO, P.: **op. cit.** p. 14.

(125) CANISIO, P.: **op. cit.** pp. 14-15.

(126) “Virgen y Madre a un mismo tiempo”. CANISIO, P. **op. cit.** p. 25.

ñal visible de la invisible gracia, instituido por Christo Señor nuestro (127). Con el sacramento del bautismo, somos regenerados espiritualmente (128). Con la confirmación “se da la gracia, y añade esfuerzo espiritual para la firmeza en el ejercicio de la fe” (129). En el sacramento de la eucaristía, “Christo verdadero Dios y verdadero hombre se contiene verdadera y enteramente en este sacramento” (130). La penitencia “es sacramento necesario para los recaídos” (131). Por el sacramento de la extrema unción son aliviados los enfermos en las molestias grandes de la enfermedad (132). El sacramento del orden “da potestad a los sacerdotes y a los otros ministros” (133). Y por el sa-

cramento del matrimonio se comprometen los esposos a una vida inseparable (134).

La moral de este catecismo se basa, como había de esperarse, en guardar o cumplir los diez mandamientos. En esa misma línea nos presenta dos maneras de abordar el pecado. Existe un pecado original y otro actual. El pecado original “es aquel con que nacemos y que por el bautismo en Christo se nos perdona” (135). Y el pecado actual “es hacer o desear algo contra o fuera de la ley de Dios o de la Iglesia. También existe un pecado mortal y es tal porque mata el alma, existe otro venial que ligeramente se perdona, y finalmente existen los

(127) “Una señal visible de la invisible gracia instituida por Dios para nuestra santificación... que instituidos por Christo Señor nuestro, enseñados por los apóstoles, y conservados siempre en la Iglesia, han llegado a nosotros”. CANISIO, P. **op. cit.** p. 43.

(128) “Con el Sacramento del Bautismo somos regenerados espiritualmente; y recibido el perdón cumplido de los pecados, somos hechos hijos adoptivos de Dios, y herederos del cielo”. CANISIO, P. **op. cit.** p. 47.

(129) CANISIO, P.: **op. cit.** p. 47.

(130) “En el sacramento de la Eucaristía Christo verdadero Dios y verdadero hombre se contiene verdadera y enteramente en este sacramento, y está presente a nosotros luego que el sacerdote legítimamente ordenado hubiere consagrado el pan y el vino con aquellas misteriosas palabras enseñadas por Christo bajo la sola especie de pan”. CANISIO, P. **op. cit.** p. 51.

(131) CANISIO, P.: **op. cit.** p. 52.

(132) “Por el sacramento de la extrema unción son aliviados los enfermos en las molestias grandes de la enfermedad por medio del óleo sagrado y de las palabras de Christo”. CANISIO, P. **op. cit.** p. 53.

(133) CANISIO, P.: **op. cit.** p. 53.

(134) “Los legítimamente casados se juntan con un contrato de vida inseparable... para evitar el pecado de la lujuria e incontinencia”. CANISIO, P.: **op. cit.** p. 54.

(135) CANISIO, P.: **op. cit.** p. 56.

pecados capitales que son cabezas y fuentes de los pecados” (136).

La salvación se realiza por la acción de Cristo a consecuencia de su muerte y resurrección (137). Sin embargo, “para reinar es necesario purificarse de los pecados en el purgatorio” (138). Porque de todas maneras, “hemos de comparecer en carne ante el tribunal de Cristo” (139) y porque todos buscamos el reino” a fin de reinar presto y para siempre con Cristo” (140).

La esperanza “es la virtud infundida sobrenaturalmente por la que se esperan los bienes de nuestra salud y vida eterna” (141).

4.4 Los Catecismos de Ripalda y Astete (142)

Tal vez podemos entrever algo de la finalidad en el mismo desarrollo del catecismo. Sin embargo, podemos decir que tiene una aplicación moral y práctica de los antídotos contra los vicios.

En primer lugar se encuentra una advertencia para el catequista y una introducción, después de las cuales comienza la parte primera en la que presenta los mandamientos:

Capítulo primero: Del primer precepto

1. De la fe.
2. De la esperanza.
3. De la caridad.
4. De la oración o súplica.
5. De la caridad con el prójimo.
6. De la religión.

Capítulo segundo:

1. De la blasfemia.
2. Del juramento.
3. Del voto

Capítulo tercero:

1. De la obligación de abstenerse de las obras serviles.
2. De la obligación de asistir a la Santa Misa.

Capítulo cuarto: Del cuarto precepto.

(136) CANISIO, P.: *op. cit.*, p. 56.

(137) “El Hijo de Dios, según la naturaleza humana... padeció a fin de redimirnos”. CANISIO, P. *op. cit.* p. 6.

(138) CANISIO, P.: *op. cit.* p. 10.

(139) CANISIO, P.: *op. cit.* p. 11.

(140) CANISIO, P.: *op. cit.* p. 20.

(141) CANISIO, P.: *op. cit.* 141.

(142) RIPALDA Y ASTETE. **Catecismo de los Padres**. Imprenta de la Administración del real arbitrio de Beneficiencia. Madrid, 1800. Traducida por D. Joaquín Roca y Cornet. Administración del apostolado de la prensa. Madrid, 1908.

1. De las obligaciones de los hijos hacia los padres.
2. De las obligaciones de los padres hacia los hijos.
Arreglo para un padre de familia.
3. De las obligaciones de los amos, criados y esposos.

Capítulo quinto: Del quinto precepto.

Capítulo sexto: Del sexto precepto.

— Remedios contra las tentaciones impuras.

Capítulo séptimo: Del séptimo precepto.

1. Del hurto.
2. De la restitución.

Capítulo octavo: Del octavo precepto.

En la parte segunda se estudian los sacramentos así:

Capítulo primero: De los sacramentos en general.

Capítulo segundo: Del sacramento del bautismo.

Capítulo tercero: Del sacramento de la confirmación.

Capítulo cuarto: Del sacramento de la eucaristía.

Capítulo quinto: Del sacramento de la penitencia.

1. Del examen de conciencia.
2. Del dolor.
3. Del propósito.
4. De la confesión.
Sección primera: La confesión debe ser íntegra.
Sección segunda: Debe ser humilde.
Sección tercera: Debe ser sincera.
5. De la penitencia que impone el confesor.
6. De la extremaunción, Orden sagrado y Matrimonio.
Ejemplos funestos para quienes hacen confesiones sacrílegas.

Está distribuido por tratados largos sobre cada uno de los temas que de alguna manera tienen connotación “moral” y “religiosa” y por eso tres son las partes del catecismo para el pueblo, a saber: introducción, explicación del misterio, precepto o sacramento de que se trata y la aplicación moral y la práctica de los medios y antídotos contra los vicios.

La cristología de este catecismo la encontramos enmarcada dentro de la concepción trinitaria: “El Hijo es engendrado en la mente del Padre; el Espíritu Santo procede y es la expresión de la voluntad del Padre y del Hijo, por el amor con que recíprocamente se aman”. Esta definición parece ser tomada de la concepción de trinidad que tenía San Agustín.

La eclesiología es vista piramidalmente: el Papa es la cabeza de la Iglesia, es decir del conjunto de

cristianos regidos a su vez por los obispos, distinguiéndose de entre aquellos que se dedican al servicio de Dios que son los sacerdotes y demás ministros.

Según este catecismo, “los sacramentos fueron instituidos por Jesucristo, el cual por medio de ellos nos hace partícipes de sus méritos” (143). Al mismo tiempo nos habla de su necesidad, efecto, ministro y requisitos. Sin embargo en nuestra apreciación solamente haremos referencia a lo más fundamental.

El bautismo confiere la gracia especial de lavar el alma por medio del agua regeneradora, y limpiarla de las manchas del pecado. La confirmación dá la fuerza necesaria para confesar la fe en Jesucristo, y para vencer las tentaciones de nuestros enemigos. La eucaristía conserva y aumenta la gracia, que es la vida del alma. La penitencia hace recobrar la gracia perdida. La extremaunción da fuerzas para resistir en la muerte de los asaltos del infierno. El orden suministra los auxilios necesarios a los ministros de la Iglesia para cumplir con los deberes de su ministerio. El matrimonio, final-

mente, comunica fuerzas a los esposos para soportar la carga del matrimonio y educar bien a los hijos.

La moral se reduce prácticamente al cumplimiento legal de los diez mandamientos y, por eso, Dios castiga a los transgresores con las penas eternas del infierno. Sin embargo, “el sacramento de la penitencia se nos perdonan los pecados con tal que de ellos tengamos un sincero arrepentimiento” (144). El pecado original es algo estructural que nace con la persona misma (145).

La salvación se entiende como retribución a las actitudes que el hombre haya tenido en su vida y por eso se entiende que quien muere en gracia de Dios va al paraíso y el que muere en pecado va al infierno (146).

“La esperanza es una virtud que Dios infunde también en nosotros, por la cual esperamos con cierta confianza de la divina misericordia la felicidad eterna, por los méritos de Jesucristo y mediante las buenas obras que haremos con la ayuda de Dios”

(143) RIPALDA Y ASTETE: *op. cit.* p. 170.

(144) RIPALDA Y ASTETE: *op. cit.* p. 32.

(145) “Este es el pecado original, en el cual todos nacemos hijos de ira y enemigos de Dios, como hijos de un padre rebelde” RIPALDA Y ASTETE: *op. cit.* p. 18.

(146) “El que se salva muriendo en gracia de Dios va al paraíso, en donde gozará de Dios por toda la eternidad; y, al contrario, el que muere en pecado va al infierno, y allí tendrá que penar por toda una eternidad”. RIPALDA Y ASTETE: *op. cit.* p. 32.

(147). Sin embargo tenemos que tener presente que "la fe es una virtud, o sea un don que infunde Dios en nuestras almas por el bautismo, con el que creemos las verdades reveladas por el mismo Dios a la Iglesia, y que ésta nos propone como tales" (148). "Así que el objeto de la esperanza cristiana es la vida eterna, esto es, Dios mismo, al cual esperamos gozar" (149).

4.5 La instrucción al pueblo, de San Alfonso María Ligorio (150)

Aunque muy posterior a los catecismos de Pío V, Canisio, Astete y Ripalda, la instrucción de San Alfonso hace eco a las orientaciones de Trento.

En 1767 se imprimió este libro siendo obispo San Alfonso María de Ligorio, quien esperaba que fuera provechoso. Está escrito con sencillez, como en conversación familiar, y dirigido al sacerdote con cura de almas, al misionero popular, al catequista del pueblo, a la gente sencilla del rebaño de Cristo.

El libro se divide en dos partes:

1) de los preceptos del decálogo.

2) de los santos sacramentos. A manera de prólogo comienza con advertencias al que enseña la doctrina cristiana para que haga más provechosa sus instrucciones dividiendo en tres partes la ilustración catequética al pueblo: 1- Introducción. 2- Explicación de la verdad, mandamientos o sacramentos en cuestión. 3- Moralidad, donde con un sentido práctico se indiquen, a la vez la manera de evitar el pecado y sus remedios. En la instrucción preliminar presenta en 12 puntos la antropología, pecado, redención.

Dice San Alfonso que hemos de creer que hay un Dios remunerador, esto es, que premia al que observa su ley con la gloria eterna del paraíso y castiga a los transgresores con las penas del infierno.

En Dios hay tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; pero estas tres personas, aunque sean entre sí distintas, no son sino un solo Dios porque son una esencia y una divinidad; y así como el Padre es eterno, omnipotente, inmenso, así igualmente es eterno, omnipotente, inmenso el Hijo y el Espíritu Santo. El Hijo es engendrado en la mente del Padre; el Espíritu Santo

(147) RIPALDA Y ASTETE: *op. cit.* p. 39.

(148) RIPALDA Y ASTETE: *op. cit.* p. 27.

(149) RIPALDA Y ASTETE: *op. cit.* p. 39.

(150) DE LIGORIO, ALFONSO MARIA: *Instrucción al Pueblo, sobre los Diez Mandamientos y los Sacramentos*. Biblioteca del Apostolado de la Prensa. Madrid, 1908. Traducida por D. Joaquín Roca y Cornet.

procede y es la expresión de la voluntad del Padre y del Hijo, por el amor con que recíprocamente se aman.

La encarnación del Verbo eterno, esto es, Hijo, segunda persona, que por lo operación del Espíritu Santo se hizo hombre en el seno de María Virgen, y de tal modo la persona del Verbo se revistió de humanidad, que las dos naturalezas se unieron, (la divina y la humana), en la persona de Jesucristo que padeció y murió por nuestra salud. Jesucristo después de muerto, resucitó al tercer día por su propia virtud, subió a los cielos, donde aún en cuanto hombre, está sentado a la diestra de Dios Padre, que posee establemente una gloria igual a la del Padre. Jesucristo como Dios es igual al Padre, pero como hombre es menor que el Padre; mas como nuestro salvador es a un mismo tiempo Dios y Hombre, es una sola persona, su humanidad goza en el cielo de una gloria y majestad igual al Padre, no por dignidad propia, sino porque está unida a la persona del Hijo de Dios. Jesucristo mismo es el autor de los sacramentos, mediante los cuales nos hace partícipes de sus méritos.

Para que el hombre cumpla sus deberes tiene que considerar, ante todo, el fin para que fué creado, y que solo en la consecución de ese fin podrá hallar su felicidad completa. Ahor abien, el fin último del hombre es amar y servir a Dios en esta vida y gozar de él eternamente

en la otra, es decir que Dios nos ha puesto en este mundo, no para tener riquezas, ni honores, ni placeres, sino para obedecer sus mandamientos y alcanzar así la eterna bienaventuranza del cielo. Ya al primer hombre, Adán, lo creó Dios con este fin y le dió por mujer a Eva, con la que propagase el género humano. Los creó en estado de gracia y los puso en el paraíso terrenal, indicándole que desde allí serían luego trasladados al cielo a gozar eternamente de una dicha cumplida. Entre tanto les concedió que comiesen en esta tierra de todos los frutos de aquel jardín; mas para probar su obediencia, les prohibió comer el fruto de un árbol. Adán y Eva, desobedeciendo a Dios quisieron comer del fruto prohibido, y por este pecado quedaron privados de la gracia divina, y fueron desterrados del paraíso terrenal, condenados con toda su descendencia a la muerte temporal y eterna. Este es el pecado original en el cual todos nacemos hijos de ira y enemigos de Dios, como hijos de un padre rebelde. Por lo demás, todos los hombres nacemos infectados por el pecado de Adán, por el cual tenemos ofuscada la inteligencia para conocer la verdad eterna y la voluntad inclinada al mal.

Por el nombre de la Iglesia se entiende la unión de todos los hombres bautizados, que profesan la verdadera fe, bajo una cabeza visible que es el Sumo Pontífice. Esta Iglesia fue fundada por Jesucristo para servir de columna y firmísimo

apoyo a la verdad. A esta Iglesia, prometió nuestro mismo Salvador que jamás sucumbiría al poder de los enemigos (cf Mt 18, 16). La Iglesia es constituida por Cristo como columna y fundamento de la verdad (cf 1 Tim 3, 15). Y esta Iglesia es la que enseña por la voz de sus ministros las verdades que hemos de creer, también que la única verdadera es la Iglesia Católica Romana; por lo cual, los que están afuera o separados de ella no pueden salvarse y van al infierno, excepto los niños que mueren después del bautismo, pues fuera de la Iglesia no hay salvación.

En cuanto a la soteriología y la sacramentología San Alfonso María de Liguori, introduce el tema preguntando: ¿Qué necesidad había de que Jesucristo padeciese por nuestra salud? El hombre había pecado, y para obtener el perdón era necesario que el hombre diese a Dios una satisfacción justa y suficiente. El Padre mandó al Hijo que se hiciese hombre, y Jesucristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, satisfizo por el hombre a la divina justicia.

Los sacramentos, según San Alfonso comunican dos géneros de gracia: santificante y sacramental. La santificante, llamada también la gracia habitual, es la que propiamente produce la vida divina en el alma de quien suficientemente dispuesto recibe el sacramento. La sa-

cramental es un auxilio particular en orden a conseguir los fines propios de cada uno de los sacramentos.

5. LA CATEQUESIS EN EL SIGLO XX

En un acercamiento a lo que ha sido el desarrollo de la catequesis católica en el presente siglo, se ofrece a continuación una visión panorámica y esquemática de los principales pasos de ese proceso en algunos de los documentos más representativos y seleccionados de una gran cantidad de literatura existente al respecto.

Tales documentos permiten ver los lineamientos generales de un proceso que llega hasta nuestros días, fruto de muchas experiencias y del aporte de muchos cristianos que han hecho camino al recorrer la convulsionada historia del presente siglo.

Se estudia a continuación el Catecismo Mayor de Pío X, el Catecismo Católico del Cardenal Gasparri y el Catecismo Holandés, como tres exponentes de la catequesis en nuestro siglo, teniendo en cuenta en contexto histórico y eclesial, el marco de interpretación, la metodología y los contenidos teológicos de cada uno de ellos.

5.1 El Catecismo del Pío X (151)

A la muerte del Papa León XIII, el Cardenal Melchor Sarto fue ele-

(151) PIO X: *Catecismo Mayor. Segunda parte del Compendio de la Doctrina Cristiana para las Clases Superiores*. Razón y Fe. Madrid, 1928. Trigésima primera edición.

gido Papa de la Iglesia Católica, y adoptó el nombre pontifical de Pío X. Dirigió la Iglesia desde 1903 hasta 1914 y no fue un político sino piadoso guardián de la doctrina y de la dignidad de la Iglesia. Reformó la música sacra, lo mismo que el breviario en su bula "Divino Afflantu". Creó el Instituto Bíblico de Roma para precisar y defender la fe, propagó la costumbre de la comunión frecuente, aún entre los niños. En 1904, Pío X anunció la simplificación del Derecho Eclesiástico con el objeto de elaborar el *Codex Iuris Canonici*, que no alcanzó a ver.

Cuatro aspectos de la situación socio-política y cultural del momento histórico, conviene tener en cuenta.

El conflicto existente entre Francia e Italia que se agudizó con la visita del presidente Francés Loubet al rey de Italia en 1904 y que tuvo como resultado la separación de la Iglesia y el estado francés en 1905. El Papa Pío X, en su encíclica "Vehementer nos", protestó contra la actitud del gobierno francés. También hubo conflicto con Portugal.

El otro acontecimiento del Pontificado de Pío X fue la declaración de la guerra mundial a propósito de la cual el día 2 de agosto de 1914 el Papa se pronunció. Por último es de anotar la lucha contra el modernismo o conjunto de errores religiosos apoyados por la ciencia moderna, condenado por el Papa con la encíclica "Pacendi dominicus gregis".

Los concilios de Trento y Vaticano I querían un catecismo para uso universal de modo que fuere el método y regla de instruir al pueblo cristiano en los rudimentos de la fe y en todas las prácticas de la piedad. Estos deseos fueron secundados por el Papa Pío V quien mandó publicar un catecismo para párrocos y aprobó el de Belarmino y prescribió muchos otros para la juventud, circunscritos para la diócesis de la Provincia Romana. Muchos obispos ordenaron catecismos para sus respectivas diócesis.

El catecismo de Pío X, se ubica en la línea tridentina y acata todos sus principios, denotando una clara actitud apologética contra el modernismo. Se trata de un catecismo "mayor" por dirigirse principalmente a predicadores y párrocos, que sigue el orden temático del catecismo de Pío V.

El ser cristiano se concibe como una gracia de Dios, y para serlo verdaderamente es menester: estar bautizado, tener fe (creer), profesar la doctrina cristiana (enfaticando en la tradición), y obedecer a los legítimos pastores. Se aconseja a los padres de familia que instruyan a sus hijos en la religión. Es una obligación y deber paterno en una familia moderna.

La doctrina se "recibe" de la Santa Iglesia, quien tiene autoridad y es maestra. En materia doctrinal la Iglesia es infalible, pues Cristo mismo la instituyó, y para probar

la veracidad de la doctrina se argumenta la santidad de los miembros de la Iglesia, el martirio de tantos cristianos, la propagación y conservación de la fe a través del tiempo.

Las tres virtudes teologales están en correlación así: la fe y el Credo; la esperanza y el Padre Nuestro; la caridad y los mandamientos de la ley de Dios. Finalmente, a los sacramentos se les tiene como fuentes de gracia.

En su exposición, el Catecismo mayor utiliza el método de preguntas y respuestas ya formuladas, siendo las respuestas condensados de doctrina. Frecuentemente, para ampliar y explicitar dicha doctrina, el catecismo acude a narraciones interesantes, a veces jocosas y en forma de "cuentos".

Presenta un cristología "descendente" o "cristología del legado divino": la persona de Jesucristo se concibe como la de un ser pre-existente que vino al mundo y conservó sus dotes sobrenaturales, las cuales manifiestan su divinidad.

La eclesiología subyacente en este catecismo corresponde al modelo de "Sociedad Perfecta", con algunos elementos de la eclesiología de "Cuerpo Místico de Cristo".

La salvación viene después de la muerte biológica y es salvación del

"alma": aunque se afirma que después del juicio final se volverá a tomar el cuerpo físico, la salvación no es "histórica" sino posterior a la muerte terrestre.

5.2 El Catecismo Católico (Cardenal P. Gasparri) (152)

En la línea tridentina del Catecismo de Pío X, el Catecismo católico nace, como otra contribución al deseo conciliar de instruir al pueblo cristiano en los rudimentos de la fe mediante un único modelo o método. Para su redacción tomó lo que pareció oportuno de los ya existentes, teniendo como fuente teológica la Suma de Santo Tomás, la doctrina de los concilios ecuménicos de Trento y Vaticano I, de los Romanos Pontífices, de las Sagradas Congregaciones, de las indicaciones del código canónico y algunas citas de la Sagrada Escritura.

La finalidad del catecismo es afianzar en el cristiano las verdades de la fe para que se sienta seguro en su defensa. Presenta verdades y doctrinas que una vez conocidas y explicadas hay que profesarlas, vivirlas, defenderlas y propagarlas.

Los contenidos del Catecismo Católico se van adquiriendo y transmitiendo gradualmente: con ocasión de la iniciación cristiana; en la educación de la juventud; en el uso que de él han de hacer los adultos

(152) GASPARRI, P.: *Catechismus Catholicus*. Cura et Studio. Typis Polyglottis Vaticanis. Romae, 1932.

y personas instruídas que desean tener un conocimiento más profundo de la doctrina católica; y con ocasión de la predicación.

Se ajusta a las condiciones que debe reunir un texto de esta naturaleza para que sea completo y que, según Trento, debe contener lo que hay que creer, lo que hay que saber, lo que hay que orar y lo que hay que recibir.

El Catecismo emplea el sistema de preguntas y respuestas con una graduación de acuerdo a la capacidad del destinatario y al fin que se quiere: párvulos que han de hacer la primera comunión, los niños obligados al estudio o catecismo de perseverancia y catecismo para adultos.

El texto precisa que no se puede usar sin la orientación de un catequista, quien debe explicar y hacer complementaciones de viva voz, de acuerdo con las pautas recibidas de parte del ordinario del lugar y, si es necesario, utilizar gráficos y ejemplos para el mejor entendimiento de parte de los catequizandos.

El Catecismo Católico está complementado por un compendio de la historia de la divina revelación (historia sagrada) para hacer más completa la instrucción de los catequizandos.

La moral que presenta el Catecismo Católico se circunscribe a nor-

mas, leyes y mandamientos para observar estrictamente, recepción de los sacramentos, virtudes que deben practicarse, ilustración de la mente y llamado a conformar la vida y las costumbres con los preceptos de la doctrina cristiana.

Propone una cristología descendente: Cristo libra del pecado y conduce al cielo; padece y muere en la cruz; resucita y asciende y será el juez de vivos y muertos al fin de los tiempos.

La Iglesia es sociedad sobrenatural y fuera de ella no hay salvación. Ella es la depositaria y guardiana de la verdad, así como vía y medio necesario de salvación.

En cuanto al concepto de salvación, se enseña que el cristiano debe saber la doctrina cristiana, los medios de conocer a Dios y las verdades eternas. Para salvar el alma, es preciso creer; salvarla es el fin último del hombre. La meditación de las postrimerías es medio excelente para evitar el pecado.

El Catecismo Católico hace bastante énfasis sobre el sacramento de la Eucaristía, especialmente en el catecismo destinado a la preparación de los que han de ser admitidos a la mesa eucarística. En relación con los demás sacramentos, que son medios principales para alcanzar la gracia, el catecismo presenta las nociones que al respecto deben conocerse y que se considera son suficientes para la vida cristiana.

5.3 El Catecismo Holandés (153)

Contexto Histórico Eclesial

El *Nuevo Catecismo para Adultos*, conocido como *Catecismo Holandés*, fué publicado en octubre de 1966 con el imprimatur del Cardenal Bernard Alfrink, arzobispo de Utrecht. Es el fruto de diez años de sostenida labor, realizada por un numeroso equipo de expertos del Instituto Superior de Catequética de Nimega. La obra alcanzó inmediatamente una gran difusión en los Países Bajos y suscitó encontrados comentarios. En general, estos fueron positivos y los críticos subrayaron la seriedad del propósito de los redactores y su acierto en formular para el hombre de hoy la esencia del mensaje cristiano. Los reparos formulados al método de exposición y a los contenidos suscitaban que la Santa Sede nombrase una comisión revisora en 1967. La obra no fué denunciada como herética, sino como controvertida en varias de sus formulaciones dogmáticas. La polémica aún subsiste.

La nueva aproximación catequética, que describe el prólogo del Catecismo Holandés dice:

“Las páginas que siguen no pretenden, efectivamente, otra cosa que hacer resonar al mensaje que Jesús de Nazaret trajo al mundo.

La intención que persigue este volumen se cifra en exponer la renovación que se dejó oír en el Concilio. No quiere decir que hayan cambiado algunos puntos de la fe, mientras todo lo demás habría quedado como antes. Todo el mensaje, la fe en su totalidad, sigue siendo la misma, y sin embargo es nueva la manera de acercarnos a ella, es nuevo el aspecto de conjunto. El mensaje de Cristo es algo vivo. Por eso, este Catecismo para adultos se esfuerza por anunciar la fe imperecedera de una forma moderna”. (154).

Así como las formas de vida y sociedad cambian a través del tiempo, todo lo que configura la existencia del hombre debe adaptarse a su propio tiempo. Por esto, es lógico y necesario que nuestra fe resuene en nuestra época con el lenguaje de hoy.

El Catecismo enfatiza la dimensión antropológica y social según los lineamientos esbozados y proclamados por el Vaticano II. Por otra parte, la manera de acercarse a la Sagrada Escritura, a la Tradición, a la liturgia y al Magisterio es novedosa, pues invita al diálogo y a una sincera reflexión sobre los interrogantes que agobian al hombre de finales del segundo milenio.

(153) INSTITUTO SUPERIOR DE CATEQUETICA DE NIMEGA: *Nuevo Catecismo para Adultos o Catecismo Holandés*. Herder, Barcelona, 1959.

El hilo conductor de este Catecismo es la revelación bíblica y no las proporciones o tesis de una teología dogmática. No comienza, por ejemplo, por la doctrina sobre Dios, luego sobre el hombre, la Iglesia, los sacramentos y la moral. Su orden es el de la historia de salvación: comienza con el hombre a la búsqueda de Dios y termina con Dios a la búsqueda del hombre.

Es así como arranca de la existencia humana y señala el punto en que surge la cuestión de Dios. Luego describe las tentativas de la humanidad para responder a esta cuestión, comenzando por las más antiguas religiones y acabando por el humanismo y el marxismo. Una ceñida descripción de la antigua alianza introduce a lo que es el núcleo del Catecismo: la predicación de Jesús, el Cristo. Aquí aparece el tema central y fundamental del libro: sólo podemos encontrar realmente a Dios si lo reconocemos en el Hijo del Hombre. Sólo partiendo de Cristo podemos hablar de Dios y, sobre todo, vivir de Dios. Este Catecismo expresa la creencia de que, en Cristo, se encuentran unas y otras y a sí mismas todas las religiones e ideologías.

Del humanismo de Dios resulta la conducta cristiana con el prójimo, que no es otra cosa que la prueba ética sobre el ejemplo dogmático. El Catecismo se apropia de esta visión de Karl Barth sobre la moral.

Este manual rompe el método tradicional de preguntas y respues-

tas, en un ensayo de dejar pensar al lector, invitándolo el diálogo, a una conversación sobre la concreta existencia humana. Aunque no pretede constituirse en un tratado teológico, ciertamente evidencia unos contenidos teológicos.

El núcleo de este Catecismo lo constituye la predicación de Jesús, que es el Cristo. Sólo podemos encontrar realmente a Dios si lo reconocemos en el Hijo del hombre. Sólo partiendo de Cristo podemos hablar de Dios y, sobre todo, vivir de Dios.

Al realizar particularmente la humanidad de Jesús, el Catecismo, se aproximará a la Cristología de Barth: todo hombre, por el hecho de haber nacido es hermano de Jesús. La encarnación de Cristo es el mayor honor del hombre. Por ella ha quedado, en principio, ennoblecido todo hombre.

La concentración cristológica y el universalismo propuesto por el Catecismo concuerdan, también, con Bonhoeffer. La encarnación es la unidad que abarca lo divino y lo humano. Por esto, puede el Catecismo proceder inductivamente: comienza por la realidad terrena y muestra en ella la dimensión cristológica.

Partiendo de Cristo, evoluciona la Iglesia en la historia e impone a la vez nuevas tareas a los cristianos. Sólo lentamente, siglo tras siglo, se hace visible en la historia el reino

de Dios, y aún ahora sigue entre nosotros como don y mandato. Aquí entran también las típicas tareas del cristiano en el mundo de hoy.

El Catecismo habla de consumación, que debemos anhelar con esperanza y concluye con un capítulo acerca del Dios inefable.

La sacramentología es expuesta en la cuarta parte del Catecismo, titulada "El Camino de Cristo". Los sacramentos son la consagración de los grandes momentos de nuestra vida, son signos eficaces: no solo hablan de redención sino que la dan, porque en ellos está cerca de nosotros el Redentor.

6. PALABRA FINAL

El desarrollo de la catequesis católica en el presente siglo, muestra un resurgimiento de la misma en la actualidad, en comparación con los últimos siglos. Este movimiento se inicia con la preocupación pastoral de Pío X expresada en la encíclica "Acervo Nimis" (1905), que en-

cuentra eco en los grupos catequéticos de entonces bajo la marcada influencia de las metodologías propugnadas por el Método de Munich, la Escuela Activa y la Catequesis Progresiva. A esto se añade el proceso de renovación del contenido con el movimiento bíblico-litúrgico y la teología kerigmática, condensados en el Catecismo Francés y en el Catecismo Católico, y que tiene su culminación en el Concilio Vaticano II.

La doctrina y visión conciliares, respecto a la catequesis, se explicitan en el Catecismo Holandés, así como en las exhortaciones apostólicas "Evangelii Nuntiandi" de Pablo VI (1975) y "Catechesi Tradendae" de Juan Pablo II (1979) y en los Sínodos sobre la Evangelización y Catequesis (1977). Este proceso no ha sido teórico; el ha estado inmerso en el quehacer mismo de la comunidad creyente, y ha sido dinamizado permanentemente por la acción del Espíritu, respondiendo de esta manera a los horizontes históricos de cada época.